

La página viva

El viajero indeciso

José de la Colina

Un hombre va a subir al tren en marcha. Pasan los escalonillos del primer coche y el viajero no tiene bastante resolución para arrojarse y saltar. Su capa revuela movida por el viento. Afirma el sombrero en la cabeza. Va a pasar otro coche. De nuevo falta la osadía. Triunfan el instinto de conservación, el temor, la prudencia, el coro venerable de las virtudes antiheroicas. El tren pasa y el inepto se queda. El tren está pasando siempre delante de nosotros. El anhelar agita nuestras almas y ¡ay de aquél a quien retiene el miedo de la muerte! Pero si nos alienta un impulso divino y la pequeña razón naufraga, sobreviene en nuestra existencia un instante decisivo. Y de él saldremos a la muerte o a una nueva vida, ¡pésele al Destino, nuestro ceñudo príncipe!

Julio Torri,
“Para aumentar la cifra de accidentes”, en
De fusilamientos, 1940.

La sobria y elegante primera edición del libro *De fusilamientos*, de 1940, de La Casa de España en México, de cien páginas, con portada enteramente dibujada (incluidos nombre de autor, título, viñeta y pie editorial) por Ramón Gaya, ya dice mucho acerca del escritor celebrado en la nota de la solapa, tal vez debida a su amigo y coetáneo Alfonso Reyes. La transcribo largamente porque es una silueta literaria de Julio Torri:

Escribe con brevedad, publica poco, apura con sabiduría su porción de tiempo. Él mismo define aquí su estética. Insistir le parece cosa más manual que espiritual. Le gusta descubrir nuevas minas. ¿Explorarlas? Que



lo hagan otros. Él sigue de frente, plantando aquí y allá su bandera. Certero y leve caso único de sobriedad en esta vegetación de América y en su ascendencia de facundos mediterráneos. Le acomodan como a pocos los versos de la *Razón de amor*: “Moró mucho en Lombardía / para aprender cortesía”. Cortesía de trato, de estilo, de saber poético. Humanista y bibliófilo. Fiel a las buenas lecturas y a las amistades aquilataadas. Su segundo libro, su libro actual, es como una fiesta sin ruido. Hace mucho que nos lo debía. Para el editor es un privilegio publicarlo.

Tan debió ser una “fiesta silenciosa”, por no decir secreta, la aparición del segundo libro de Julio Torri (Coahuila, 1889-Ciudad de México, 1970), que cuando en 1955 lo hallé, intonso, en una recóndita estantería de saldos de la librería Zaplana, estaba junto a otros cuatro ejemplares de un tiraje que debió ser muy corto. Es decir que quince años después de la publicación del libro, cuando se mantenía y aun había crecido el renombre de Torri, éste, cuya gran calidad de escritor se escondía tras la ¿indeseada? fama del profesor más aburrido de los cursos veraniegos de la Universidad, seguía siendo un autor leído por una exigua cantidad de lectores. Por lo visto el pres-

tigio del prosista excelso no sólo aumentaba con cada libro que *no* escribía, como se dijo por décadas, sino que también era un escritor que crecía en importancia porque sus pocos libros no eran buscados ni leídos y ni siquiera hojeados, ojeados.

Creo que “Para aumentar la cifra de accidentes” es una de las páginas más significativas de Torri porque nos ofrece la imagen de un personaje tímido, indeciso, sin notables rasgos exteriores (salvo el de una “romántica” capa revoloteante) que no se atrevería nunca a emprender una aventura o una acción decisiva, algo, en fin, que interrumpiera el rumbo rectilíneo y monótono de una vida de escritor esteta, de un modesto dandy cuyas únicas proezas habrán sido el silencioso acto de escribir y (pasando ahora a un plano anecdótico) el de ejercer de virtuoso del ciclismo para dizque conquistar a las espantadizas criaditas del barrio, o de recitar a damas preferiblemente feas (a quienes creía más accesibles) los párrafos más eróticos de los autores clásicos de lengua española. El detalle muy visible de la capa quizás indica que si bien el libro es del año 40, el texto podría ser de las primeras décadas del siglo XX, y ésa sería la época de una idealizada “juventud dorada” en la cual, sin mengua de la inteligencia y de la fina escritura, se habría quedado fijo e intemporal el autosoñado galán que, según la leyenda, forraba sus libros de clásicos del erotismo con seda del traje nupcial de su madre y hacía tertulias hogareñas con las alumnas de escuelas secundarias, las cuales gustaban de sus pláticas eruditas y/o picaronas, pero no sin inquietud, pues sospechaban que el discreto anfitrión acaso les ponía en los refrescos o en el té quién sabe qué polvos para disponer enteramente de ellas como de bellas durmientes. **U**